

Norma Martínez

Indómito paisaje marino

Jorge Eslava

Somos puntualísimos, llego a su piso y me abre la puerta como si fuera a darme una sorpresa. Jean ceñido y blusa negra muy holgada, adornada con un collar de plata con anillos. Es efusiva en su saludo. Se acomoda en un sillón de diseño de su luminoso departamento miraflorentino. La observo frente a mí: delgada, erguida, recién bañada. A esta hora tiene una belleza de aspecto marino... frente amplia, roca de tajo profundo, algas verdes en los ojos y cabello ondulado. Me ofrece café y sirve dos tacitas. Le propongo mudarnos a la sólida mesa de madera, donde tiene encendida una laptop Apple blanca. Sentados sobre las sillas transparentes le pregunto si recuerda el slam, aquel cuaderno escolar que descubría las confesiones íntimas de los adolescentes. «Claro que sí», me contesta y sonrío. Me mira con desconfianza. «¿Qué pretendes, Eslava?». Le digo que simplemente renovarlo con cariño y sin cortapisas. «¿Estás dispuesta?». Asiente con energía, pero me advierte que todo tiene un límite.



Acabas de terminar una temporada en la que has asumido, además de un rol protagónico, una participación en la producción de la obra. ¿Cómo queda el alma y el cuerpo?

Agotada, pero excitada a la vez... y satisfecha. Esta obra, en particular, era como hacer deporte. Salía como si realmente hubiera jugado un partido de tenis.

¿Qué evitarías y en qué reincidirías en la producción?

Evitaría asumirla haciendo tantas cosas a la vez. Me gustaría tener mucho más control, delegar menos en ciertos aspectos.

No provienes de un hogar vinculado al mundo estético ni intelectual. ¿Cuáles son tus primeros recuerdos vinculados a la bendita curiosidad artística?

Cuando estaba en cuarto grado, una profesora me regaló un libro: *Rosinha, mi canoa*, de José Mauro de Vasconcelos. De repente ella vio que tenía alguna sensibilidad para *algo*. En general, yo he sido súper curiosa de niña, a pesar de no tener un entorno ni intelectual ni artístico. Pero como aprendí a leer a los cuatro años, creo que ejercitaba la lectura, entonces todo lo que caía en mis manos lo leía.

¿Has tenido una guía o era una natural curiosidad autodidacta?

Totalmente autodidacta, personal, hasta que llegó esta profesora. De ahí en adelante leí todos los libros para niños: *El Principito*, *Mi planta naranja lima*, *Mujercitas*... Luego empecé a buscar mi propio camino; todo lo hacía por pura intuición.

Has reconocido que tu madre fue decisiva en tu noción de vida: te dio carácter y horizonte. ¿Y de tu padre qué es lo que más extrañas?

¡Extraño unos calamares buenísimos que hacía! (sonríe de buena gana). Extraño cuando íbamos a una fábrica que tenía en la carretera central, en Cocachacra, y esos paseos de campo que teníamos... pero son muy difusos los recuerdos que tengo de mi padre. No sé si extraño algo en concreto o si más bien son deseos. Quisiera que no hubiera muerto para que ahora con lo que sé y he desarrollado —en términos personales respecto a las relaciones con mis padres—, hubiera podido conocerlo más y tal vez nos hubiéramos relacionado mejor... porque sabía mucho, pero creo que yo no estaba en la capacidad para comprenderlo.

Norma baja la mirada por primera vez. Cruza las piernas en sentido contrario, roza la palma de su mano sobre uno de sus botines de gamuza natural. Dejo pasar unos segundos antes de preguntarle si ha vuelto al IPP, donde nos conocimos a finales de los ochenta y fue mi alumna ejemplar. Donde también enseñó algún curso. «Ufff... mil años que no veo a nadie», me responde como

impulsada por un resorte. ¿Recuerdas aquella estudiante que escribía textos perspicaces y atrevidos?, le pregunto. Ella suelta una gran carcajada.

¿Has seguido escribiendo?

No, no he seguido escribiendo. Y sin embargo es un lugar al que quiero ir. Escribo muy pocas cosas (le señalo unas anotaciones tuyas que veo en el tabique de la cocina)... ah, sí, escribo en las paredes (risas). Eventualmente, por ejemplo: lo último que escribí fue cuando murió mi abuela a los cien años. Me pidieron que hable en su misa de mes porque me quejé de que en el entierro nadie habló. Y me parece que uno tiene que decir algo, que no se puede pasar sin palabras ante una vida, sin expresar recuerdos, alguna manifestación concreta. Cuando hice ese comentario me dijeron: «Ok, entonces tú vas a decir algo para el mes de la abuela». Entonces le escribí un pequeño texto.

¿Qué crees que puede refrenar tu deseo de escribir?

En realidad, creo que no me doy el tiempo para hacerlo, más que otra cosa. Y además el pensar que no tengo una idea clara: solo ideas difusas de lo que quiero contar.

Me ofrece más café. Va a la cocina —un mural de fotografías sin orden ni concierto— y mientras dispone la cafetera, me distraigo en su biblioteca que ocupa la pared principal de la sala: libros en castellano e inglés, sobre

todo novelas. Ningún *best-seller*, por supuesto. Muchas biografías de actores. «Norma», le digo, «¿tus compañeros de teatro son lectores?».

Casi nadie. Y se los reprocho.

¿Quiénes son los autores que prefieres y te acompañan siempre?

Virginia Wolf me está acompañando bastante; últimamente Philip Roth, que me gusta mucho; Alice Munro, Ítalo Calvino y Blanca Varela, para incluir una poeta.

No has mencionado dramaturgos.

Para mí es otra categoría. Yo creo que el teatro está hecho para ser representado, aunque el texto es fundamental. Son pocas personas que disfrutamos de leer teatro.

En el cine, ¿también eres atenta a la historia y al guion?

Sí, pero me parece que el cine tiene más elementos que el teatro para mejorar el guion. En el teatro el texto tiene una importancia de primer orden; el cine tiene, a diferencia del teatro, muchas más posibilidades para enriquecer el guion e incluso disfrazarlo.

¿Te consideras una persona más perceptiva que reflexiva? ¿Más intuitiva que disciplinada?

Creo que soy una combinación de ambas tendencias. Con el paso del tiempo hago más



caso a mi intuición que antes, pero también creo que soy bastante disciplinada; no podría usar la rutina de trabajo que tengo si no lo fuera. Pero sí, por ejemplo, me cuesta reservar espacios para escribir. Siempre estoy involucrándome en muchas cosas.

¿Qué género escribirías si lo hicieras?

No lo sé... porque muchas de las cosas que pienso, las pienso puestas en escena. Pero a veces creo que podría, por ejemplo, escribir una columna periodística o tener un blog, compartiendo mis preocupaciones sobre la forma en la que estamos viviendo...

Mencionaste en una entrevista a Kavafis, el poeta griego. Solo la mención de su nombre, al margen del contenido del poema, está muy lejos de nuestros artistas. ¿No te afecta esta pobreza cultural del medio?

No es que me afecte: me deprime. Me hacen perder la fe, me frustra, me indigna. No tengo ninguna esperanza en que eso cambie. Y no es un problema solo de nuestro medio, me parece que cada vez existe menos interés por lo que llamábamos cultura.

¿Te atreverías a opinar sobre algunos personajes que conocemos bien —auspiciosos dramaturgos o buenos actores— que han sido ganados por los desvaríos de la televisión?

Me parece que estamos todos un poco confundidos por el dinero, por la imagen. Me pa-

rece respetable que cada quien elija la opción que quiera para su vida.

¿No es lo mismo que decir: me parece respetable toda opinión?

No. Pero no voy a juzgar a nadie que deje un verdadero talento artístico por consagrarse al dinero... me da pena. No me parece condenable, pero sí me produce tristeza, porque creo que hay gente muy talentosa y realmente inteligente que podría estar haciendo aportes a muchos niveles y nos priva de eso por contribuir con la estupidez y el mal gusto. A veces, cuando digo esto, pienso que soy una reaccionaria y que ya me quedé en otro tiempo donde el contenido importaba, donde la coherencia importaba.

Al educador Constantino Carvallo le pregunté una vez si no lo enorgullecía que tantos chicos de su colegio se dedicaran a la música. Me respondió con su habitual sabiduría: «Me alegraría más si hubieran sido buenos estudiantes». Es decir, no asumir el arte como una disciplina sino como descarte...

Voy a diferenciar a quienes lo toman de ese modo de la gente que entra en la televisión... me parecen dos galaxias distintas. Quien se dedica comprometidamente al arte tiene que estudiar y trabajar muchísimo; es igual de difícil y de exigente que otra carrera. Quienes lo toman como descarte no llegan a evolucionar mucho. Y también creo que hay gente que se busca un oficio en televisión provocando un escándalo, porque es un camino fácil para ganarse la vida.



Debutaste en el teatro con *Romeo y Julieta*. Fue un enorme desafío. ¿Qué conservas de esa adolescente secreta y apasionada hasta el suicidio?

Creo que sigo conservando la pasión y por eso es que todavía me empeño en hacer cosas como *Proyección privada*. Disfruto estudiando los personajes y me exalta hablar sobre la actuación.

Los tensos personajes que encarnas en *Agosto: Condado de Osage* o *La reina de belleza de Leanne* o *Proyección privada*, todos ellos compulsivos y consagrados a un sinsentido, ¿no tienen alguna semejanza con la actriz?

Son parte de mí, yo soy mucho más introvertida y reflexiva. Pero sí es verdad, potencial-

mente escondo a cualquiera de esas mujeres en mi interior. En la vida cotidiana soy mucho más medida.

¿Tienes fobias a la imagen, al medio social?

No es donde más me gusta estar. Creo que un actor siempre tiene que conservar una intimidad, no puede estar demasiado expuesto, siempre debe guardar algo de misterio.

Te recuerdo inquisidora y de pocas compañías. Muy mordaz. ¿Has cultivado esos atributos para resistir a un medio cultural bastante ligero?

He conservado las pocas compañías; la mordacidad, sin duda (sonríe). Ya no sé si soy tan inquisidora o si prefiero distanciarme. Creo



que he tratado de ser fiel a mí en todo lo que he podido y eso a veces te distancia de mucha gente. Yo no estoy dispuesta a avalar las cosas en las que no creo, las haga quien las haga. Y sigo siendo súper introvertida, cuidando mi espacio, tratando de relacionarme con la gente que me puede aportar. No participo en eventos que no me importan, porque después llego a casa y me siento muy imbécil.

Sabina tiene un verso hermoso en *Noches de boda*: «que te aproveche mirar lo que miras». ¿Qué es lo que más aprecias de tu mirada?

La capacidad de análisis. Tengo una mirada bastante ligada a mi trabajo. Como mi trabajo es acerca del comportamiento huma-

no, creo que mi mirada es muy minuciosa: soy capaz de interpretar muchas cosas del comportamiento que a veces las personas no advierten. Sé distinguir cuando alguien me habla de corazón y cuando no, reparo en los mínimos subtextos; pero una cosa es la vida y otra cosa la actuación. Para mí es imposible separar esa mirada.

El poeta Valery firmó un dogma: «lo más profundo es la piel». ¿Con tu arte de mudar de piel, ¿cómo haces para conservar la dimensión de tu propia piel?

Es complicado, no porque los personajes te invadan o se queden contigo. Quienes dicen eso me parece que mienten. Es complicado porque es como si todo tuviera sentido cuan-



do estás actuando y cuando no, no sabes bien dónde ubicarte en el mundo, porque no sabes qué hacer contigo cuando estás actuando.

Pocas veces recuerdas tu paso por la docencia. ¿Hacer *Sucedió en el Perú* para la televisión del Estado no es recuperar esa vocación?

Yo creo que sí. Pero no estoy tan lejana de la docencia, eventualmente dicto algún curso. Butaca, mi productora, nace de dictar un taller, que es una de las cosas que más me gusta hacer. Yo disfruto muchísimo enseñando. *Sucedió en el Perú* me da la posibilidad de hacerlo, no como una profesora sino como alguien que comparte un conocimiento, que no necesariamente tengo. A veces me preguntan cosas de historia que no sé, yo solo soy la conductora del programa, pero sí me gusta mucho que a la gente le interese.

Pienso que las aulas abiertas de ese programa pueden convertirte en la profesora soñada...

¿Tú crees? (Sonríe). ¿Por qué?

Porque eres una profesora inalcanzable... no estás en un aula real y pareces saberlo todo, no hay posibilidades de que evalúes a nadie ni llevarte mal con algún alumno.

Pues sí, no lo había visto de esa manera...

Ese sueño recurrente que dices tener: eres nominada al Óscar, pero la estatuilla la recibe Mónica Sánchez. ¿No es una sensación subconsciente del impacto mediático que suele inclinar la decisión de la academia?

(Ríe de nuevo). Por eso seguramente dije Óscar y no La Palma de Oro o El Oso de Berlín. Ya no entiendo bien el impacto mediático de las cosas. Yo no veo televisión, hace tres años que no tengo un televisor... entonces he perdido esa sensación de impacto mediático. Obviamente, si a Mónica y a mí nos nominaran a un premio, creo que lo ganaría ella. Mira los premios de *El Comercio*, por ejemplo. El público va a votar por una actriz que está todos los días en pantalla antes que por mí, que estoy metida en mi casa o yendo del parque al cine y del cine al malecón.

Imagínate la Palma de Cannes entregada de las manos de Catherine Deneuve...

Eso ya sería impresionante. Aunque preferiría de las manos de Charlotte Rampling o Liv Ullmann.

¿Si tuvieras que escoger, ya para tocar el cielo, un actor que pudiera entregarte un premio por tu carrera? Aun si tuviera que volver a la vida.

Mastroianni, sin duda.